MIGUEL HERNÁNDEZ, POETA

Leopoldo de Luis

A veces, cuando estamos leyendo poesía, levantamos los ojos del libro y los dejamos vagar en el aire pensando en el ser humano que escribió aquellos versos. La honda emoción que nos transmite mueve a sentimientos solidarios. La poesía es *compadecer* en su más puro sentido: *padecer–con*.

¿Como fue el poeta? Su figura se nos borra para dibujarse de nuevo en nuestra propia imaginación. Es nuestro mito, el que nosotros nos formamos, con el solo saber, quizá diríamos con el solo sabor, de los poemas.

El mito de Miguel Hernández ha embozado un poco su verdad. Las circunstancias han presentado una figura tópica más intensamente que la realidad de su obra. Muchos sabían del poeta–pastor, del poeta-prisionero, pero poco sabían de su obra. La represión y la censura cubrieron con halo de clandestinidad lo que era poesía apasionada y hermosa. Miguel pasó a ser un símbolo de rebeldía y de protesta, entrando en círculos generalmente desatentos para la poesía, mediante el procedimiento espurio de los cantantes. El conocimiento llegó imperfecto y acaso deformado. A un poeta, signifique lo que signifique, ante todo hay que leerlo.

¿Se ha leído bien a Miguel Hernández? No siempre. Hubo una época difícil. Poemas sueltos en revistas minoritarias. Cuando en 1976 Jorge Urrutia y yo publicamos por primera vez en España su *Obra poética completa*, el «daño», por así decirlo, estaba hecho: Miguel para muchos había sido sólo banderín de enganche.

Pero Miguel era mucho más. Fue, qué duda cabe, sin proponérselo —ya se había muerto— un estímulo de lo que puede llamarse la resistencia y un ejemplo en la lucha por la libertad.

Su persona y sus obras han sido estudiadas, no obstante, más que nada en ámbitos universitarios, por lo que parece deseable difundirlo a un nivel más general. Esa puede y debe ser la misión de esta Exposición y de este Congreso.

Una Exposición abre el mundo personal del autor tratado. Permite que nos acerquemos a lo que fue su intimidad. Palpita al hombre en este ámbito rehecho. Regresa un poco su persona. Papeles que escribió, libros que fueron suyos, objetos que anduvieron en sus manos, retratos que reflejan instantes de su vida... No es fetichismo, es simplemente amor. Amamos al poeta porque nos encontramos en sus versos, en poemas que nos hicieron sentir. Casi diría que es un amor antes que generoso hacia el poeta que desapareció, egoísta por lo que de nosotros hallamos en su obra. Porque siempre sentimos como un poco nuestra la poesía que admiramos.

Esta Exposición nos propone conocer mejor al hombre Miguel, al poeta Miguel. Francisco Esteve ha trazado la síntesis de un panorama vital y de un contexto bibliográfico. La importancia del poeta queda así expuesta en su conjunto. Miguel muchacho ingenuo; Miguel adolescente entusiasta; Miguel joven decidido. Y, a la vez, Miguel poeta incipiente; Miguel poeta barroco; Miguel poeta amoroso; Miguel poeta social; Miguel poeta del dolor y de la muerte.

La verdad es que, en poco más de una década, Miguel vivió una aventura lírica de gran riqueza y de sorprendente evolución. Alguna vez he dicho que procedió siempre como por deslumbramientos. Deslumbrado por el juego barroco de Góngora y de los gongoristas de su tiempo —Alberti, Diego...— escribió el cuadro multicolor de *Perito en lunas*. Deslumbrado por la belleza bucólica de Garcilaso, por su «dolorido sentir», y por las «furias y penas» de Quevedo, escribió *El rayo que no cesa*. Deslumbrado por la simbología ascética y conceptual de Calderón, escribió *Quien te ha visto y quien te ve*. Deslumbrado por el turbión del surrealismo y su libertad asociativa, escribió poemas como «Mi sangre es un camino», «Sino sangriento», las odas a Neruda y Aleixandre y algunos otros poemas. Deslumbrado por el heroísmo popular, escribió *Viento del pueblo*. Y ya no deslumbrado, pero sí amargamente sorprendido por el dolor y por la miseria de los comportamientos humanos, escribió *El hombre acecha* y el *Cancionero y romancero de ausencias*.

La presencia de Miguel Hernández en el panorama de la poesía española es importante tanto por su propio valor cuanto por sus relaciones de época.

Aparece en un momento brillante: cuando la famosa Generación del 27 está mostrando su obra más representativa. La sombra mayor de Juan Ramón Jiménez se proyectaba aún muy acusadamente en los jóvenes, pero el surrealismo conquista posiciones de primera línea. Una nueva generación destaca ya sus figuras. Cualquiera que sea el criterio que se sustenta respecto al método de las generaciones, es innegable que, entre

1935 y 1936 aparecen los primeros libros de un grupo de poetas, nacidos alrededor del año 1910. Sus integrantes respiran un aire común y, aun siguen, sin violentos cortes, los pasos de sus hermanos mayores del 27, aportan a la poesía algunos rasgos que los caracterizan. Uno de ellos es el giro de visión que, apartándose de Góngora, tan zarandeado años antes, mira más a Garcilaso y se aficiona más a las formas clásicas. La rápida evolución de Miguel, cuya conquista de la perfección formal es admirable, hace que un libro suyo: *El rayo que no cesa,* resulte modélico para caracterizar a ese grupo generacional, formando trío con los *Sonetos amorosos*, de Germán Bleiberg y *Abril*, de Luis Rosales.

Esa situación de Miguel en el grupo del 36 es, cronológica y críticamente, oportuna. No obstante, parece razonable decir que él se sintió más a gusto junto a los hermanos mayores del 27. Altolaguirre, que publicó *El rayo que no cesa* en su colección «Héroe». José María de Cossío, que le facilitó trabajo para subsistir en Madrid. Neruda, que lo incorporó a sus tertulias de «La casa de las flores», en el barrio de Argüelles. Aleixandre, que le abrió en seguida las puertas de Velintonia y, a mi modo de ver, el que más influyó en su formación poética. El 36 era un grupo de jóvenes de su edad, casi todos estudiantes, entre los que se hallaba el que fue más amigo de Miguel: Enrique Azcoaga. Compartieron tareas y viajes en las Misiones Pedagógicas, aquel original y magnífico programa cultural de la República. También se hallaba uno de los pocos que le ayudaron en los años de cárcel: Carlos Rodríguez Spiteri.

Entre los amigos de Miguel de aquella generación, quizá los primeros fueron Carmen Conde y, algo mayor en edad su marido, Antonio Oliver. Contaron con él enseguida, cuando fundaron la Universidad Popular de Cartagena.

Participa también la Generación del 36 de una corriente social inspirada en los movimientos obreros y reivindicativos que politizan la literatura alrededor de los años treinta. En esa línea, Miguel se encuentra particularmente atraído en cuanto que lleva dentro un innato sentido de la justicia y un vehemente amor al pueblo. La exaltación del trabajo y la defensa de los humildes responden, pues, a una verdad honda. No entra en esa temática como una moda, sino más bien como un modo de sentir. Quizá si tuviéramos que reducir a un único nombre la poesía social española, ese nombre sería el suyo.

La guerra civil que irrumpe aquel verano del 36 trastornando toda la realidad española, situará a Miguel en el centro de un importante movimiento de poesía comprometida con la situación. Ya don Antonio Machado vio en el hecho trágico una coyuntura para que los poetas jóvenes ganasen profundidad humana en sus obras. Más falta les haría a quienes aún se movían entre abstracciones intelectuales que a Miguel, que tuvo siempre la lengua en corazón bañada, pero lo cierto es que él viene a ser el gran poeta de la guerra, tanto en su aspecto heroico cuanto en su comprensión del dolor y de la ruina.

Entusiasta y vitalista por naturaleza, no podía Miguel, sin embargo, librar su poesía de las amargas circunstancias concitadas contra él y contra los suyos. Víctima a la largo de su vivir de tantas injusticias, se convierte en el más grave cantar de esas tres terribles ausencias que son la muerte, la guerra y la cárcel. Joya de la poesía del amor herido tanto como de la poesía del aherrojamiento, su última producción lo convierte en uno de los más altos poetas españoles de todos los tiempos.

Por otra parte, la obra hernandiana de esos postreros años abrió caminos para la poesía de postguerra. Intensa producción hernandiana la de 1938 a 1940, buena parte escrita desde la cárcel, que se proyecta hacia los jóvenes salidos de la contienda, sin duda desorientados y confusos, sin maestros y algunos hasta casi sin voz.

Una poesía del ser humano perseguido, un sentimiento de frustración y una melancolía por el amor ausente, arrancado a la fuerza de los propios brazos, resultó profundamente comunicadora y solidaria y, al mismo tiempo, alentadora de fuerza moral, porque el poeta, que un día se llamó a sí mismo «el más corazanado de los hombres», no cede nunca del todo al desaliento, y sabe que siempre hay un rayo de sol en la lucha para vencer a la sombra. Victoria que se cumplirá, si no en nosotros, en quienes vengan detrás. De ahí la trascendencia del tema del hijo, que en Miguel cobra una importancia fundamental y que fue muy seguido por los poetas de la primera generación de postguerra. En realidad, toda la poesía amorosa de Miguel, iniciada en los sonetos preludiales de *El rayo que no cesa,* vino a desembocar en el tema del hijo. "No te quiero a tí sola, te quiero en tu ascendencia / y en cuanto de tu vientre descenderá mañana", dice en esa admirable y conmovedora pieza que es la "Canción del esposo sol-

dado". El amor en Miguel es trágico y es trascendente. Ese sentido trágico y casi de pasión telúrica lo aprendió de Vicente Aleixandre —cuya influencia tanto le enriqueció—, pero esa trascendencia hacia la estirpe humana es una personalísima ampliación del tema. Ocurre aquí como en la presencia del posible influjo de Pablo Neruda. El sentido de lo material y terrestre pudo llegarle desde la obra nerudiana, pero ese entrañamiento en su propio paisaje responde a una personal raíz.

Como en todo gran poeta, grandes símbolos circulan por su obra, cargados de propia significación. Uno de ellos, vinculado estrechamente al tema del hijo, es el vientre materno. Carne central de todo cuanto vive. Vientre, y de él, con él: hueco, sima, cuna, casa... Lo creador y lo fecundo se exaltan con esa simbología, pero también el ansia de refugio, el desamparo, el deseo de regresar, casi de desnacer ante un terror existencial.

Otro símbolo, como la sangre —destino trágico— o como el toro —hombre y patria a la vez— adquiere altas significaciones.

Aunque desarrollada en un lapso breve, el curso de su evolución da motivo para que esta poesía muestre tonos diversos, sobre todo por lo que respecta a la actitud, según ésta sea más objetiva o más subjetiva.

En un ensayo de Jorge Urrutia se estudia la clasificación de una poesía del *contar* y una poesía del *decir*. En la primera, el poeta va a las cosas; el poema nace a partir de ellas y el poeta los describe poéticamente. En la segunda, el poeta saca de su mundo interior el poema, esto es: se «expresa», propiamente. Ambas son formas de lírica, porque la sensibilidad íntima y la verdad personal del poeta en ambos casos quedan comprometidas, pero en la poesía del *contar* hay un relato y en la poesía del *decir* hay una confidencia.

Esta teoría de Jorge Urrutia es aplicable a la obra hernandiana. Ambas actitudes se hallan, y originan poemas como las octavas reales de *Perito en lunas,* como muchos de guerra, como «La fábrica ciudad» y tantos otros, que son poesía del «contar», en tanto que percibimos la confidencia de la poesía del «decir» en otras muchas muestras.

Algo semejante cabría decir de los recursos expresivos. Miguel dominaba excelentemente la retórica. Extrajo de ella efectos de suma eficacia. Figuras de dicción, tropos de toda índole se acumulan en su obra con acierto. Pero también dominó la difícil facilidad de la sencillez y algunas de sus canciones son un prodigio de levedad, dejando los versos en la pura emoción.

Miguel Hernández es ya un clásico, y en él hemos de aprender lecciones que, como con todos los clásicos ocurre, tendrán plurales significaciones según la visión de cada época. No nos acercamos en cualquier tiempo a la poesía con las mismas preguntas, con las mismas necesidades. Cada generación tiene las suyas, porque tiene su propia manera de entender la vida. Pero el clásico permanece. Está ahí, con una obra sin vuelta de hoja, capaz de enriquecernos.

Además, Miguel ha sido traído y llevado por las circunstancias. Los avatares de la vida española durante el lapso de su existencia fueron de tal naturaleza que hubiera sido imposible mantenerse incólume ni mantenerlo inmune. Cuestiones extraliterarias han empañado o han bruñido, alternativamente, su cristal. Pero las circunstancias cambian, las épocas transcurren, el tiempo pasa. Todo eso es adventicio. Lo permanente es la obra. Bien está conocer la biografía y su contexto para familiarizarnos con el autor. Los datos constan. Mas no olvidemos lo esencial: la obra a cuerpo limpio. Sabemos que Manrique o Garcilaso murieron en hechos de guerra, pero el lector normal y sencillo desconoce en qué guerras ni por qué causas luchaban. Sabemos que Fray Luis y Quevedo sufrieron cárceles injustas, pero la mayoría de sus lectores ignoran, o han olvidado, en tiempo de qué rey y por qué autoridad se dispuso la pena.

Guerra y cárcel pasaron, autoridad cayó. La verdad del poeta se mantiene. Miguel Hernández, poeta verdadero, está frente a nosotros con su obra. Con sus recuerdos en esta Exposición. Lo estudiarán los profesores en este Congreso. ¿Lo leerán las gentes?. Debe ser ésa nuestra aspiración.